



Pregón de Semana Santa

ANTONIO ÁNGEL BOTÍAS SAUS

Murcia, 2012

Ilustración de portada:

Acuarela del Paso de Los Azotes, de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, realizada por José María Falgas con motivo del Pregón.

ANTONIO ÁNGEL BOTÍAS SAUS

*Pregón de
Semana Santa
de Murcia*

2012

*En el Teatro Romea,
la Víspera del Viernes de Dolores
29 de marzo de 2012*

Sospeché que no te encontraría. Y mira que te busqué, apartando el aroma a azahar que tintinea en los brazos de luz, en la cuesta bendita a la salida de San Antolín, junto a las banderas que cuelgan como suspiros magenta de los balcones de la plaza inmaculada, en la Trapería con sus ventanales que son palcos sobre la carrera, entre la penumbra que envuelve al Cristo de la Sangre sobre el Puente, en los requiebros de incienso de Las Angustias por Las Flores, en el aroma a pasteles crujientes, incluso en las entretelas del Pendón Mayor de Jesús. Pero presentí que no estarías, que se quedaba huérfano el bendito rosal que trepa por el madero del Perdón, que la Esperanza galana de San Juan lloraba por ti y la burla es de ti de quien se burlaba.

Te juro que pregunté por las esquinas a los sayones cuando cruzaban El Arenal, y corrí aún más allá,

hasta Frenería, por si acaso arrimabas el hombro al paso frailuno de Santa María de los Ángeles. Nadie me dio razón de ti, nazareno huertano. Nadie recordaba siquiera aquellas medias centenarias que vestías, por donde trepaban clavellinas de colores bordadas como en paño de túnica. Ni la corbata estampada, que en tantos años de luto cambiaste, rabiando de pena y ausencia, por la negra. Ni tampoco el pañuelo de colores húmedos porque lloraba tu frente y que abrazaba, bajo el capuz, tus sienes plateadas.

¿Te acuerdas, maestro de punta tarima, cómo se encaran los pasos en las cancelas de las parroquias, cómo inician su santa travesía tal que veleros de maderas centenarias hacia el corazón de la Murcia nazarena? Yo sí lo recordé al ver a la Samaritana remontar el Puente Viejo. Y después alcé los ojos a la noche de primavera, a la oscuridad que desdibuja el incienso, acariciando el rostro de ese Cristo que estremece San Lorenzo, por si andabas camino de una nube para espantarla. ¡Ay, qué madrugadas de insomnio de estante inquieto, de vigilia de túnica colgando de la puerta en una percha! ¡Ay qué ayunos de Semana Santa, qué noches pendiente del parte de la radio,

escrutando estremecido las nubes y musitando oraciones y juramentos para espantar la lluvia!

Alguien me advirtió, nazareno huertano, de que te llevaron. ¿De qué otra forma te perderías estos días de gozo? Te fuiste hace unos meses camino del cielo, sin avisar ni a los tuyos, a tus hermanos de vara y esparteñas con suela falsa de goma. Me contaron que en tu casa, que linda con un brazal donde aún se enseñorean las ranas, continúa inmóvil sobre el quebrado armario de luna el gorro de tu pañuelo. Nadie se atreve a rozar siquiera el rosario de plata y perlas, ése que tanto te gustaba lucir. La flor de tu liga, con ser flor antigua, parece marchita. Me lo decían; pero no podía creerlo.

Hasta el último instante te busqué, desde la cabeza de cada procesión, junto a los carritos de chucherías, por las filas de sillas descoloridas cuajadas de gente, incluso más allá de las últimas bandas y las presidencias y los efímeros riachuelos de cera. Sentí entonces que si quería encontrarte debía venir aquí esta noche para recordarte. Y por eso a ti, nazareno huertano, padre o esposo, hijo o hermano, amigo que esta

noche ocupas una butaca de excepción en el teatro del Cielo, quiero dedicarte mis palabras. Y junto a ti, a mis hijas, por aquella tarde en que me preguntaron viendo pasar a Cristo: “¿Por qué llora Jesús, Papá?”.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo.

Excmo. Sr. Alcalde de Murcia.

Excmo Sr. Presidente y Real Cabildo Superior de Cofradías.

Excmas. e Ilmas. Autoridades.

Queridos hermanos en Cristo.

Murcianos, Cofrades y amigos.

La espera está a punto de terminar. Y lo hará con la ilusión que encierra el suspiro de un joven enamorado que al fin recibe, después de interminables noches de insomnio, el ansiado beso de la amada. Y lo hará con la inquietud del estante nuevo que sueña todo un año con sentir la madera mordiéndole el hombro cuando se enseñoreé en esa prisión provisional que es el cepo. Y lo hará con el tremor del aire de tantos meses atrincherado como en vigilia en los pulmones, aguardando que su aliento nazareno acaricie el metal dorado de los carros bocina.

Apenas restan unas horas para que el aroma a incienso, entre un revuelo de capuces azules vuelva a tejerse con el azahar, los brazos de luz sumen sus destellos al suave atardecer en la huerta y la primavera, que comienza a envolver a Murcia con su manto de flores, rivalice en belleza con los espléndidos estofados y mantos, con el fulgor de la plata en las coronas o el pan de oro que, fraguado en increíbles volutas, deviene en altar y retablo sobre el que Cristo regresa con nosotros.

Señor Presidente del Cabildo Superior de Cofradías, mi querido Antonio Ayuso, gracias de corazón por esas palabras de cariño, sin duda exageradas y fruto de la amistad. Gracias también al resto de dignísimos miembros del Cabildo por confiar en mí la tarea de anunciar la más inmensa noticia que el mundo conoció. Y gracias a nuestro Alcalde, D. Miguel Ángel Cámara, por la espléndida restauración de este Teatro y por impulsar que el Pregón de Semana Santa, como desde hace años demandaban tantos nazarenos, se celebre entre sus centenarias paredes.

Señores cofrades que hoy en improvisado Cabildo escucháis mis palabras. Perdonad que este Pre-

gonero emprenda la tarea inalcanzable de describir vuestro esfuerzo y dedicación, el sentimiento nazareno que cada año retoña en nuestros corazones, la belleza que emergió de las manos de Salzillo, Roque López, Bussy, Planes, Sánchez lozano, González Moreno, Hernández Navarro, Liza, Labaña o Henarejos... y tantos otros. Tened compasión de mí, aunque sea como última penitencia en la Cuaresma que se deshace.

Este Pregón se nutre, no sé si con acierto, del detalle, de esas pinceladas que siendo quizá una porción insignificante del retablo de la Pasión y Gloria del Señor condensan en un instante, como sucede con el pestañeo de un niño de pecho, tanta emoción y substancia que sería inútil relatar el sentimiento con palabras huecas sin que exista en vuestra experiencia un hueco donde encajarlas, como si de un estante suplente se tratara.

Pero con la misma Esperanza que aquél estante novicio a un segundo de acercarse a la tarima, adentrémonos en el silencio de promesa en San Lorenzo, en la majestad del Pendón Mayor de Jesús bajo

el dintel remoto de San Andrés o en el señorío del Yacente ante la puerta de la Catedral. Contemplemos la suave estampa de terciopelo encarnado del cojín donde reposan los símbolos de la Pasión frailuna. O el tierno beso que esboza el angelote mientras soporta y acaricia la mano de Cristo sobre el santo regazo de Las Angustias.

Volemos, como el águila a los pies del evangelista de Santa Eulalia, hacia al Arco de San Juan al paso de la procesión de la Esclavitud o contengamos la emoción que se tiñe de corinto y huertanía en Santa Catalina para imbuirnos a un tiempo en ese retablo barroco y mercedario en Belluga, donde se funde la piedra centenaria de Santa María con la silueta de Nuestro Padre Jesús de las Mercedes.

Degustemos el sabor de las monas y de las pastillas, dulces por su caramelo pero también por sus versos, como azúcar es la mistela y los dátiles que cada Jueves Santo ofrenda a Murcia la familia Zamora mientras compone la palmera de La Oración en San Agustín. De fondo, dos músicas celestiales: Una, las ancestrales Salves y Correlativas de los Auroros que, a

golpe de campana y de voces huertanas que antaño quebraban la coñá y el tabaco negro, ya presagian el cénit de la Pasión. Y la otra, la algarabía de mayordomos de Jesús que acuden a retirar su contraseña, ese diminuto título de doctores en nazarenía. Bullen los nueve cabildillos moraos como nueve improvisados cónclaves.

Salgamos el sábado a la Redonda donde el sol ya adormecido siluetea las palmeras. Admiremos cómo el color del cielo desciende para sufrir dulce condena en los ojos azules del Cristo de Dorrego. Azul de Pasión también encendida en el manto que arropa, al otro extremo de la ciudad y al mismo tiempo, a la pequeña Dolorosa de la Caridad. Es María que luego se convierte en Esperanza de San Pedro cuando anuncia la Pasión con sus ocho estandartes de terciopelo y oro fino.

Escondámonos tras las columnas de San Antolín para que nadie interrumpa y profane nuestras lágrimas al recibir al Perdón, que es Dios mismo quien desciende y se entrega a una multitud infinita. Una multitud apretada, como aquella que en los escalones

del pretorio exigía la muerte del Justo y en Murcia clama por liberarlo. Que si en la Jerusalén bíblica Pilato vacilaba en lo alto de la escalera, en esa mañana del Lunes Santo huertano vuelan los nazarenos sobre los peldaños para alcanzar el madero. Que si en el Calvario clavaron el Inri de la burla, este barrio ya amanece empedrado de carteles con los nombres de las familias que reservan la acera para, a la tarde, presenciar la procesión.

Pero ahora escuchemos, escuchad murcianos los ecos que acarician este teatro señero, el murmullo que brotó hace apenas unas horas desde las Capuchinas del Malecón para anunciar a Murcia que algo grande está a punto de suceder. Fue primero un leve rumor, apenas un susurro de tambores destemplados que surgió entre los vaivenes de los últimos cañares junto al río. Y luego fue creciendo, se fue acercando a la ciudad a lo largo del paseo, y una silueta de tronío se recortó entre los cipreses centenarios del huerto remoto. El Gran Poder se acerca. Nadie lo trae, que Él camina de aplauso en aplauso, mecido por los suspiros de los periodistas y diestros murcianos.

Inquietud ante el Amparo

Al Amparo iremos con la inquietud de siempre. Unas veces por los cielos, cuando convocan la tormenta y los cofrades escrutan desde sus balcones el firmamento de madrugada. Otras, porque comprendemos que culmina la Semana Santa que se extiende todo el año, la del silencio y la soledad de las capillas centenarias, la de las rosas anónimas que adornan altares en penumbra, la Semana Santa de las puertas enclavadas, de la oración sigilosa y apresurada, de la cera apagada y los mantos de diario, de la tarima desnuda de rosas y destemplada, huérfana de la luz desbordante de la primavera, presa de la calorina de agosto o del frío de mistela que anima las cuadrillas en Navidad.

Concluye la Semana Santa de la espera. Y en San Nicolás desgrana el murciano sus entretelas de impaciencia para transformarlas en gozo ante el Cristo del Amparo.

Los gitanos, en su jerga de brazaletes rojo y delantal estampado, cobran las últimas sillas, disputándose la calle con los carritos de globos y refrescos, y con el aroma a pasteles de carne, porque Murcia no guarda vigilia. ¡Bastante abstinencia es la larga espera de la Semana Mayor! Entonces, quebrando la algarabía de los tambores y las pláticas, el taconeo apresurado de las señoras, las protestas de los abuelos, que fingen andar alborotados con los nietos, resuena en la plaza el golpe del estante. Apenas unos segundos antes es la voz del presidente Galiano la que atrona el templo: “¡Señores: Procesión a la calle!”.

El tiempo recupera sus manecillas de primavera. Vuelve a sentirse el quejido de madera del trono que cruje al alzarse. Y de nuevo se escucha el retintín de las lágrimas de cristal en las tulipas, el susurro de los caramelos que van acariciando la túnica, el soniquete de las varas de los mayordomos que trazan arañazos invisibles en el suelo...

Los que no tienen piedad

• Qué busca el murciano en su Semana Santa? ¿Qué misterio atesoran estos días que al cristiano zaran-dean e inquietan al incrédulo? ¿Es solo lo imponente de la representación de la muerte atroz de un pobre hombre acusado de blasfemo? ¿Es el eco histórico que nos hace reparar en los crímenes contemporáneos de un planeta donde la injusticia aplasta la paz, la intolerancia extermina la convivencia y el ser a menudo se reduce al tener o al poder? San Pablo describía a los paganos, a quienes no creían en las verdades como puños del Evangelio, como aquellos que no tenían piedad. Es una descripción tan devastadora como actual. Los que no tienen piedad ni Fe ni Caridad ni Esperanza y a los que Murcia tiende la mano en un fin de semana de Pasión. Tres virtudes, tres cofradías entre las que se debaten los amores nazarenos. Cristo de la Caridad que a la Pura y encumbrada en Santa Catalina pregonas la tarde corinta. Cristo fran-

ciscano sin más policromía que el destello de quienes te admiran, y el Santo Celo de la Domenica de Ramos cuando el Señor entra por San Pedro.

Los que no tienen piedad. Piedad con los indefensos niños que arrancan del vientre de sus madres invocando un supuesto derecho que, en realidad, es solo un oscuro negocio. Piedad con los ancianos que, al culminar toda una vida de sacrificio y entrega, son arrinconados y despreciados y acallan sus últimas lágrimas aguardando visitas que nunca llegarán. Piedad con los enfermos y desvalidos, espejos relucientes de Cristo, abandonados en la soledad de anestesia de los hospitales, en los orfanatos, que son diminutas porciones de cielo en el limbo de la sociedad, en los albergues sociales donde unas sábanas limpias adormecen la desesperanza por unas horas. Piedad con la mujer maltratada, a quien Dios situó por encima de los apóstoles, con las víctimas del terrorismo y el fanatismo religioso, con quienes se enredan en la penumbra de las drogas, con los que atraviesan desconcertados el desierto de la crisis económica o arriesgan sus vidas dando tumbos en la mar por alcanzar nuestras costas. “¿Por qué llora Jesús?”, me preguntaban mis hijas.

¡Piedad, piedad, piedad con aquellos por los que
Cristo llora!

Y siempre nos aguarda la Esperanza que, como una brisa fresca, acerca a Murcia la respuesta a tantas dudas mientras la tarde bosteza. Tarde de azahar y alábega, de barra de antiguo colmado, de cestas de esparto y caña, de mayordomo cubierto, de manola altiva y guapa, tarde de mozas lozanas con la carita empolvada, tarde de clavel granate, de lirio y orquídea rosada, de estantes de gesto recio, de recia sená apretada, de plaza recoleta en San Pedro por donde la Magdalena pasa, de algarabía de palmas, de celo por nuestras almas, de cingulos con varias vueltas, rosarios de perlas y nácar, de verde esperanza llena, llena de medias caladas, calado mi corazón cuando contempló al Señor ante aquella puerta estrecha, que aún parece estrecharse por abrazar su madera.

*¡Qué rostro tan bello y puro
tiene Jesús en San Pedro
cuando oscureciendo el día,
lo levantan hasta el cielo
treinta y cinco nazarenos!*

Profesión de Fe Magenta

Desde este mismo instante, hago profesión de fe: Qué no hay Cristo más castizo, ni muerte más elegante, ni rosas que huelan mejor, que no hay en Murcia murciano que al ver al Perdón andando, sus estantes apretando, el barrio que se desploma y una multitud clamando, no exclame casi entre llantos: “¡Viva la madre bendita que un buen día os parió!”. Y lo demás son monsergas, hablillas de sacristía, que hay que tener valor para escuchar un pregón pudiendo ver al Señor navegando en Trajería.

En esta Murcia de la Unión Europea, que Bruselas queda a un paso aunque allí no sepan que un paso es una tarima, con sus varas y sus flores, y sus imágenes encima, aún queda un reducto nazareno que se resiste a perder la esencia de la Semana Santa murciana: la algarbía y el jaleo, el desorden aparente, como un reloj de mil

piezas desarmado sobre la mesa del itinerario nazareno y que, solo unos segundos antes de arrancar la procesión, con el golpe de campana de las siete de la tarde, vuelve a componerse para marcar con absoluta precisión la hora de la Pasión. Esto sucede en San Antolín.

“Debemos felicitarnos por la Declaración de Interés Turístico Internacional para nuestra semana Santa. Es un reconocimiento merecido, sin duda; pero comporta la gran responsabilidad de esforzarnos por cuidar estos días de Pasión, la calidad artística de los desfiles y, por encima de cualquier otra cosa, la esencia de la Pasión huertana. Y, para esencia, San Antolín”.

San Antolín, en Lunes Santo, cuando Luis de la Rosario va despachando vermús, bacalao rebozado y caballitos dorados, la anchoa con su cebollica, dulce y salada, no pica, se convierte en capital. Capital de los cofrades que recuperan sus remotas túnicas del cofre de chapa donde la abuela escondía las cuatro perras, los zarcillos de plata, y la mortaja, que no era de color magenta para no dar de que hablar. Sale el nazareno del Perdón a mediodía a echarle el alboroque al mismísimo Cristo, porque es uno más de la familia,

tras concluir el besapié. El mundo se detiene en una atmósfera de colmado antiguo.

Entonces aparece un chiquillo. “Dice mamá que te vengas, ¡que no te lo dice más!”, le increpa al padre. Pero es en vano. Porque el cofrade del Perdón se enzarza discutiendo sobre cuál paso anda mejor, que si el año pasado no se podía ir más lento, que si este ya veremos, que a las ocho en La Glorieta, la amenaza de la lluvia, que hay que tener valor para no limpiar la túnica, que éste no ha sacado contraseña, que aquél nazareno no iba bien calzado y el regidor se lo comía, que a ver quién es el guapo que sale a fumar, que el presidente ha dicho esto y lo otro, que qué sé yo... Lunes Santo castizo.

Aún mi madre me alzaba en sus brazos cuando me encontré por vez primera con el Señor del Malecón. ¡Qué me hiciste sentir Padre, que ni un año de mi vida he faltado! ¡Qué honor que me permitieras acompañarte aquel reciente año cuando la tormenta deshizo sus hilos de agua maldita sobre nosotros y mi hija Teresa, cubierta su pequeña cabeza con una bolsa a modo de improvisado sombrero, con apenas tres años de vida, guardaba la compostura junto a la rampa y,

no hay mal que por bien no venga, me arrebatava el corazón al comprender que será nazarena!

¿Adónde caminas, Perdón, quebrada la tarde oscura, sin más fuerza ni armadura que el latir del corazón? ¿Qué buscas Padre del Cielo al virar en San Julián, cuando te admiran tus hijos mientras al mundo encandilas? “¿Qué es lo que va a buscar?”, sonrío alguien. “¡Busca la nazarena!”. De bocacalle a plazuela, del Arenal a Vidrieros, de Sagasta hasta Las Flores te siguen tus nazarenos. Sin contar, que podría hacerlo, los que observan desde el cielo.

Ni en mil años que se escribiera tendría final la crónica del Perdón. Pues otros mil serán necesarios para entender el misterio de tan secular Pasión. San Antolín, puertas abiertas. Ante el templo, la carrera. Pero aún antes la cuesta del Señor del Malecón. ¡Qué tronío los estantes! De comandantes, Los Rojos. En el puente va María. Por babor, la Magdalena; San Juan en estribor arriba. Hacia el puerto de Belluga; mar de fondo, burla antigua; como batuta, un estante; como marea, mi vida. Comienza la sinfonía de este velero andante que va reclamando la Gloria con notas de magenta y sangre.

¿Por qué llora Jesús, papá?

A La Esperanza de San Juan, cuando se ajusta el Arco remoto por corona estrellada, los murcianos la tuteamos. Y es de tanto quererla. Porque tiene esta talla que el viento mece sobre un campo de velas algo de andar por casa, de sencillez en la mirada y manos entreabiertas, como si hiciera un instante que caminara rezando el rosario que en ellas se balancea. María Santísima que, por guapa y soberana, abre el camino al Rescate por la inmemorial calle Tahona.

Esperanza, que cuando te veo llegar sé que susurrarás mi nombre y me preguntarás por nuestras cosas: Si acaso el año fue bueno, si se cumplen mis anhelos, si quizá se desmoronó algún sueño, sin reprocharme otra cosa que quedarme prendido de tu belleza hasta el instante en que llega Tu Hijo.

El Martes Santo de sobriedad murciana reparte entre las parroquias de San Juan los desvelos nazarenos. Dos asociaciones, dos epicentros cofrades. La de los Esclavos y aquella remota y hospitalaria cuyo Cristo fue testigo consolador del sufrimiento de tantos murcianos, mientras presidía la escalera del antiguo hospital. Solo así entiendo esa expresión abatida y misericordiosa en un cuerpo que aún rezuma trazas góticas. Ahora a Él lo consuela la Madre del Primer Dolor, la que en San Miguel es la de los Santos Pasos. Pero antes llega el Esclavo del Rescate en su besapié, Aquél cuyos cultos instituyera el buen cura Juan Bernal, tío abuelo de mi esposa y quien pronto será santo. “Y tú también, María Teresa, fiel compañera, te has ganado el Cielo por aguantar durante meses la inquietud y la impaciencia que han maltraído, como en penitencia, a este Pregonero durante la gestación del Pregón”.

¡Ay Padre mío de la Esclavitud, que caminas en busca del suspiro nazareno y liberador del murciano! Por eso, Señor que todo lo sanas, se mece tu sagrada tarima que es un palio invisible que alcanza el cielo. ¡Qué podría ofrecerte, Maestro que todo lo llenas! Si

me conformo con mirarte a hurtadillas, sin lograr sostenerte la mirada, sabiendo que conoces las entrete-
las de mi pensamiento. Ante Ti mi otra hija, María,
al verte por vez primera, me preguntó inquieta: “¿Por
qué va llorando Jesús, papá?”. Entonces descubrí que
las lágrimas que contenemos saben a acero derretido
sobre el alma. ¿Qué le iba a responder? Apenas logré
explicarle: “Llora porque quiere quedarse con noso-
tros y no lo dejan”. “¿Y a dónde lo llevan?” volvió a
preguntar. “Con sus ángeles, hija, con sus ángeles al
Cielo lo llevan porque su Madre, al ver que se aleja,
también va llorando de pena”.

Madre colorá

Dedicaba estas pobres líneas a todos los nazarenos que estos días revolucionan el Cielo, armando una escandalera a San Pedro, que es Consiliario de la Real y Auténtica Cofradía del Paraíso, pues no quiere convencer al Padre Eterno de que le conviene encaramarse a un trono de nubes, con brazos de luz de estrellas, para cargarlo un ratico, aunque solo sea por dos o tres galaxias, sin entretenerse, “al toque y p’alante”, si acaso sea vestidos de calle de la Gloria, de traje y corbata celestial. Pero también quiero alzar mi voz para enaltecer a cuantas mujeres son indispensables en nuestra Semana Santa.

Deseo honrarte a ti, camarera de pasos en cuyas manos primorosas se condensan la elegancia y la devoción en el adorno de nuestros tronos e imágenes. A ti, compañera o esposa que con amor nos ayudas a vestir la túnica y que haces reverdecer cada día la

simiente nazarena, que son nuestros hijos. Y a ti también, penitente o regidora que defiendes la mayordomía con orgullo y delicadeza, con firmeza y decisión. Pero, sobre todo, deseo acordarme de todas aquellas madres que un día nos dejaron, o quizá las convocó este Cristo de La Sangre que avanza hacia la ciudad antigua sobre el río remoto. ¡Madre cofrade que dejaste huérfana la almohadilla de alfileres, esos que unían la camisa con la túnica para que no se moviera!

Madre nazarena de puntadas certeras que esta noche se clavan en mi alma. Me he acordado de ti al paso de la Samaritana, al contemplar su cántaro cómo el agua fresca que me despertaba, aún dormida la noche, con las puertas enclavadas, y tú ya andabas despierta cuando la radio anunciaba: «No hay riesgo de mal tiempo, no habrá lluvia esta mañana». ¡Qué alegría verte alegre con la carita empolvada!

El aroma a leche hirviendo aclara la madrugada.

Todo ocupa su sitio antes de rayar el alba: en la mesa, las estampas; en el aparador, las habas; las monas junto a la puerta; el rosario sobre el arca; y las

cintas y las ligas en tu delantal guardadas. Hasta el taburete chico al que con maña trepabas porque los hijos crecimos, no alcanzabas nuestra espalda. «¡Mira a ver la contraseña, que no haya problema a la entrada!». Parece que te estoy oyendo alborotando la sala. Medio rezando un rosario, madre de santas canas.

En el dedo, un dedal; y una sonrisa en la cara. ¡Que tú nunca te has quejado, que tú jamás lamentabas el madrugar, la vigilia, el levantarte al alba para rezarle a La Sangre porque el miércoles llegaba! Así se vestía el abuelo, así la abuela lo arreglaba. «¡Venga, corriendo hasta El Carmen, que la Samaritana no aguarda!». Y así un año con otro, la vida se te pasaba, sin desear el lucirte, sin que nadie te mirara. ¿Dónde guardaste los años, madre de mis entrañas? Que en esas noches rojizas, cuando el viento nos espanta, siento verte en las esquinas, en la cuarta o quinta fila sonriendo, enamorada...

Hoy te honramos madre buena, mayordoma de postín, cofrade de raza antigua, penitente hasta el confín de tu alma nazarena, estante de morera recia, de la Sangre comisaria, música de bocina de cinc, que ojalá

ANTONIO ÁNGEL BOTÍAS SAUS

en el Paraíso, donde te sientas galana, sigas rezando por mí. Que yo seguiré atando, y siempre lo haré en tu honor, en la tarima mi alma.

Nunca dudé de Ti

Nunca dudé de tu amor. Ni siquiera en aquellos años cuando, inconsciente por las premuras de la juventud, me tentaron otros lugares lejanos donde solo me aguardaba la nostalgia y el deseo inaplazable y denso, asfixiante, de volver a verte, de saborear los aromas del azahar y la alábega, de perderme en tus bancales tapizados de vinagrillos, de sentir la calorina en agosto y que el corazón se me templara ante el canto de un aguilando improvisado. Jamás desconfié de tu amor, mi querida Murcia.

Siempre supe cuánto me querías pero en esta noche, cuando intento ahondar en las entretelas de mi existencia nazarena, me arrebató el ánimo convencirme de que el honor de Pregonero no podré pagártelo. Porque siento lo mismo que cada Jueves Santo, cuando la noche oscurece San Lorenzo y la

luz palpita en las lágrimas de la cera que llora al contemplar al Refugio. ¿Qué méritos tengo Señor para siquiera mirarte? ¿Cómo te pagaré todo el bien que me has hecho?

Te contemplo caminar hacia Santo Domingo, tan solo y derrotado, casi asfixiado mientras entreabres los labios sedientos y clavas tus pupilas en mis ojos abatidos. ¿Quién puede ofrecerte agua, Maestro? Si Tú eres la fuente que mana Gloria bendita camino de Trapería, los suspiros de terciopelo de esos inocentes niños que anuncian tu llegada, el crujir de la rodilla que aplasta el asfalto para honrarte en tu retirada, el murmullo de madera de la campana que se adentra en el bendito pasillo a la puerta de la parroquial. ¿Quién puede ofrecerte agua, Maestro? ¿Darte yo agua, Padre? Si Tú eres río de mil candelas que reverberan en tu trono plateado, tormenta aplacada en las tinieblas de una guerra fratricida que, setenta años más tarde, se torna manantial inagotable de ternura en tu aniversario. ¿Quién puede ofrecerte agua, Maestro? Si, por más que miro, agua en mi alma no encuentro. Y el voto de mi silencio, con cierto rumor de agonía, las corales arrebatan al viento.

Murciananos, ¿qué queréis que yo os diga? ¿Qué escribiría de Él, que pregón ni que quintilla, que soneto o que letrilla puede explicar su Pasión? ¿Para qué perder el tiempo? ¿Para que escribir más versos si basta con mirar sus manos y descubrir que en sus palmas, con su sangre taladrada, lleva mi nombre el Señor?

¡Tun tururún tururún clac, clac, clac!

La procesión de Jesús no comienza cuando el Pendón Mayor se coloca bajo el dintel de la iglesia privativa como frontera de tela remota y enroscada que separa a Murcia del minúsculo cosmos del interior, auténtico útero de la nazarenía murciana. No. ¿En el traslado a Las Agustinas o en su retorno, ya en plena ebullición de la Semana Santa? Tampoco. ¿En la convocatoria que, como en el resto de cofradías, son heraldos y pregoneros de calle del desfile? Definitivamente, no. Mi procesión comienza de madrugada. Aún tiembla la ciudad por el paso del cortejo del Retorno. Son las cuatro de la madrugada y, sin haber logrado distraer el insomnio por la emoción, me dirijo a casa de mis tíos Mari Botía y Rafa Pardo donde se me concede la merced de vestir mi túnica. Aquello es una locura, créanme. Mi querida tía también viste a mis dos primos, espléndidos cabos de andas de Los Azotes,

a mi tío y a mi prima, mayordomos, y a un entrañable amigo de la familia. Muy cerca de allí, en el hogar de mi otro tío, Ramón Botía, se repite el ceremonial.

Conmigo somos seis en el salón, ya de por sí cuajado de bolsas de caramelos, monas y huevos, estampas, varas y estantes, capuces, rosarios, las medias del tatarabuelo, la imprescindible caja de la costura, vasos de leche y bizcochos, la ventana abierta para ir comprobando que no hay nubes, la marcha pasionaria en la televisión, una prima pequeña bostezando en un sillón, mi tío ofreciendo consejos y avisos nazarenos, los mensajes repicando en todos los móviles, incluso en una ocasión había un señor que ya no sé si era pariente lejano o que pasaba por la puerta y creyó que se celebraba una fiesta... Y no se equivocaba, porque siempre lo es. Así empieza mi mañana morá más bella. Con la familia, la de mi sangre. Y concluye igual, con la familia, la gran familia nazarena, con la despedida de rigor a la puerta de Jesús. “¡Caballeros, hasta el año que viene!”. Y nadie responde “si Dios quiere”. ¿Cómo no iba a querer?

La procesión de Jesús, como he escrito alguna vez, traza sobre el plano de la ciudad el signo del infinito. Más que una mañana hermosa es un paréntesis en nuestra existencia. Pero, ¿qué es la existencia?

La vida es un pajarillo que, desde el frío de la oscuridad, irrumpe por una ventana en una habitación caldeada, revolotea unos segundos y vuelve a perderse en la tempestad y las tinieblas. Incógnito comienzo, incierto remate. Ese instante es apenas un relámpago de realidad y sustancia que cada Viernes Santo se concreta en las calles más nazarenas.

La vida es el amanecer en Jesús. A veces delicada y apetecible como el banquete de la Santa Cena, de belleza tan espléndida como aquella que adorna a la Dolorosa. En otras ocasiones, es retorcida y atroz, como el haz de espinos de mi Cristo de Los Azotes. Es plena en la juventud de San Juan y es imponente ante la presencia del abuelo, Nuestro Padre Jesús. Es frágil como el leve sueño del anciano San Pedro en la Oración en el Huerto. Y está siempre al socaire del viento de desvelos y preocupaciones tal que paño de Verónica. La vida puede teñirse de desesperanza en forma de aguacero

a las ocho de la mañana y vibrar de colorido en Las Flores. Y la vida, como la mía propia, a fin de cuentas siempre es morá, de Jesús, de los Salzillos, de la plaza San Agustín y del templo privativo. Cenáculo de señoría donde a María veneran por su belleza y tronío.

¡Dolorosa de Jesús, más murciana que ninguna!
Seis lágrimas surcan tu cara y anuncian la amanecida

Estante tú que la alzas en tan dichosa condena
Va prendiendo en tu memoria tan suave penitencia
Una cuenta de rosario a cada paso en la carrera
Y cada oración un recuerdo; cada recuerdo una pena
En cada pena un suspiro que embriaga nuestra existencia

En esos brazos tendidos amparas toda la huerta
Desde el rojo atardecer con su luz tenue e incierta
Sus azahares, las norias, el rumor de sus acequias
Las rosas que abrazan tu trono, espejo de tu belleza
Y el fulgor de los luceros que en tus ojos reverberan

¡Dolorosa de Jesús, más murciana que ninguna!
Seis lágrimas surcan tu cara y anuncian la amanecida
Y el sol enciende ese llanto de tanta pena cautiva

Eres estampa del cielo caminando por San Pedro
Mientras el sol acaricia la huertanía de tu pelo
Eres luz del paraíso cuando deslumbras Belluga
Y ni aún la catedral, con su gloriosa hermosura,
Ni el retablo de su piedra ni de la torre su altura
Consiguen eclipsar tu rostro, el talle de tu cintura,
Esas lágrimas que besan el rostro de la amargura

¡Dolorosa de Jesús, más murciana que ninguna!
Seis lágrimas surcan tu cara y anuncian la amanecida
La séptima en mi corazón te ofrezco, Madre, prendida

¿Qué es ser nazareno?

• Qué es ser nazareno? Señor de la Misericordia, ¿te lo he preguntado tantas veces en las madrugadas de silencio cuando componía este pregón! ¿Somos el recuelo de una generación condenada al olvido? ¿El breviario trasnochado en un cajón de sacristía? ¿Un grupo variopinto de amantes del arte y la tradición? Tú pasabas, Cristo de San Miguel, inundando de pena la plaza de la Cruz y no me respondías. ¿Qué es ser cristiano?, insistía. ¿Vestir la túnica negra de capuz rojo encendido? ¿Qué es lo que hace al incienso, aroma; morera a la morera del estante, sentimiento al suspiro? ¿Qué convierte en sal la sal y dota de esencia a la esencia? Sé que guardabas silencio porque... ya habías entregado tu Espíritu. Pero la respuesta la descubrí una noche ante el Descendimiento que tallara mi querido amigo José Hernández Navarro. Lo supe al ver tu cuerpo vencido en manos de Nicodemo.

Ser nazareno es abrazar a Cristo como lo abraza Nicodemo. Ser cristiano es abrazar al Señor de San Esteban con una mano y con la otra aferrarse a su Cruz.

Con la valentía del joven estante al que la tarima de la vida se le clava como un agujijón. Con la humildad del Ángel Servita, consciente de que su belleza es eclipsada por Las Angustias. Con el orgullo que me invade al recordar a mi tío Ramón Torres y aún antes a mi bisabuelo, José Torres, en los Domingos de Ramos, comandar como cabo de andas esta Piedad envidia de aquella otra del Vaticano. Con la inocencia de los cinco angelotes servitas que antaño portaban los símbolos de la Pasión sobre el trono. Con la visibilidad de la Cruz Guión de los García-Villalba que antecede al Sepulcro. Con la belleza del calvario de claveles rojos del Cristo de Santa Clara. Con la paciencia de la Amargura, sentada ante la Cruz vacía. Con la debilidad de María Magdalena ante la tumba de Cristo. Con la melancolía del apuesto San Juan y, por encima de cualquier otra cosa, ser nazareno y cristiano es caminar como camina la Soledad de los Ayuso, con

el corazón en la mano, por delante, hendido de
pena unas veces, vibrante de alegría otras, pero
siempre esperanzado.

Retornad a San Miguel
Al llegar el Viernes santo
Y allí, al pie del calvario
Os encontraréis con Él

Desciende su cuerpo yermo
De la Cruz de Santa Clara
Y el universo en su cara
Se tiñe de Santo Entierro
Una atmósfera de incienso
Va proclamando por Murcia
Que Cristo camina muerto

Cinco Dolorosas lloran
La muerte del que fue Maestro
Dejando en sus labios preso
Amor por quienes le imploran

Madre de Misericordia
Angustias de mi consuelo
María que clamas al cielo
Amargura en la Concordia
Y Soledad del firmamento

¿Habrá en el ancho universo
Corazón más nazareno?

¡Ay mi Piedad nazarena
¿Quién te infligió tal quebranto?
¿Quién provocó ese llanto
que enturbia tu tez morena?

Si quererte es ser cristiano,
Si amarte es ser nazareno
Y adorarte es amar mi tierra
Junto a tu trono, Angustias
Lo seré hasta que me muera

Como Dios manda

Yo no sé la de veces que durante la procesión me habré metido la mano en el buche para ofrecer un caramelo y, como los guantes anulan la sensibilidad del tacto, he terminado dándole a algún desconocido las llaves del coche, el paquete de tabaco y hasta, en una ocasión, la cartera. Con razón decían los abuelos que a las parroquias hay que ir como Dios manda. A saber: vistiendo la túnica aunque diluvie. Andando. Y puntual, a la salida.

La señora a la que le entregué la cartera, que recuperé de inmediato, se quedó boquiabierta. Era extranjera. Pero hay otros muchos murcianos que no se hubieran sorprendido. Porque el catálogo de obsequios ya roza lo increíble: pins, llaveros, figuritas, linternas diminutas, escudos, insignias, bombones, pendientes, bocadillos, pisa-corbatas... y un sartal de

obsequios. Así que se producen escenas como la que vivo, invariablemente, cada año:

Convento de Las Agustinas. Dos de la tarde. Los Azotes, a cincuenta metros de la entrada. Una abuela sentada en primera fila.

- “¡Nazarenico, nazarenico guapo, ¿Llevas monas?”.
- “No, lo siento”.
- “¿Ni huevos?”.
- “No. Perdone”.
- “¿Alguna pastilla, de esas con versos?”.
- “Tampoco señora”.
- “¿Ni una estampica graciosa? ¡Mira a ver, hombre!”.
- “Pues mire, no”.
- “¿Un pin, una figurica, un rosario, un algo?”
- “Que no, señora, no ve que estamos de recogida”.

Y la señora, fingiendo indignación remata:

- “¡Hijo, qué roñosos estáis este año los nazarenos!”

Reconozco que nuestra Semana Santa, para ser murciana, requiere ese desorden medido, cierto caos

programado, esa algarabía armoniosa. Solo así los pasos andan como Dios manda. Solo así la huerta nos recuerda cada año que la Pasión según Murcia brotó entre sus bancales, creció en los murcianos que posaron como modelos para las tallas, en la exuberancia de flores para las tarimas y manjares que adornan las mesas de algunos pasos. No podría ser de otra manera. O sería otra cosa.

Por eso me atrevo a resumir el suministro básico de todo buen nazareno. “Nene, ¿qué te echas hogarño en el buche?”, pregunta un padre. “Veinte bolsas de monas con huevo, caramelos sueltos, pastillas y algunas insignias para los más rozaos. Y si sobra un hueco, un puñao de habas”.

Esa Niña Pura del Yacente

• Deseáis murcianos comprender la esencia de la Semana Santa? Mirad al Yacente. ¿Queremos conocer su auténtico espíritu? Contemplemos al Yacente. Pues esa soberbia talla resume estos días de Pasión.

No nos engañemos. Que la belleza de la primavera no nos oculte la verdad. Que la hermosura de las procesiones no enmascare el auténtico mensaje. Digámoslo claro. Y que nuestro Obispo y Pastor, aquí presente, corrija a este Pregonero si miente. Ese cuerpo destrozado del Yacente evoca la estampa del fracaso, el retrato de un pobre desdichado al que apalearon, escupieron y denostaron, asesinaron. A muchos les daba asco mirarlo. Nació pobre, anduvo con enfermos y perturbados, no se contó entre los poderosos, no compartió el banco de los burles, algunos familiares lo consideraban un demente

y hasta sus discípulos se durmieron en Getsemaní, se disputaban la primogenitura o huyeron al intuir el Calvario.

Así lo juzgó el mundo, como aún hoy lo sigue haciendo. De ahí ese empeño por esconder su imagen de hombre fracasado. ¿Y qué haremos? ¿Vestiremos la túnica, pero no la corona de espinas? ¿Cargaremos la tarima pero esquivaremos la Cruz?, ¿Asistiremos a disfrutar del paso de la procesión y olvidaremos hacia dónde se dirige el Nazareno? ¿Diremos con Pilatos, qué es la verdad? ¿Buscaremos al Señor de noche y a escondidas como Nicodemo?

La verdad no es de este mundo. Y la ilumina una sola conciencia: Que el Señor entregó su vida para vencer el mal. Hace dos milenios, hace dos segundos y siempre. No es una afirmación destinada al clero, que también, ni a aquellos que viven su fe en las cofradías o las parroquias, que también. Es un argumento universal que cualquiera puede someter a prueba. ¿No sentimos crepitar el corazón al paso de la imagen de nuestra devoción? ¿No sentimos arder nuestro corazón cuando nos habla el Señor?

¿No es Él el único que permanece a nuestro lado cuando todos nos vuelven la espalda? Yacente, mas no derrotado. Yacente, pero victorioso y consolado por una Virgen que mantiene en su carita la lozanía de los veinticinco años que celebra esta institución.

¡Ay muñidor del Yacente,
No ves que María llora
Al escuchar tu campana!

Luz en la Soledad que alumbras la madrugada
Para convertir en gozo la pena que en tu mirada
Es desolación amarga, suspiro que ya anhela el alba
Tú Hijo vence la muerte, Tú de la maldad me arrancas
Si Tú Hijo resucita, Tú eres senda hacia mi alma
Murmullo en la oscuridad, ramito de hierbabuena
Beso que sucede al perdón, el palpitar de una estrella
Rocío de luto hebreo, fragancia de primavera
Oración de Sábado eterno, coronada de pureza
Aurora para el Rosario y alba que enciende la huerta
Y desde San Juan patrona de la Murcia nazarena

ANTONIO ÁNGEL BOTÍAS SAUS

¡Ay muñidor del Yacente,
No ves que María llora
Al escuchar tu campana!

Quisiera perderme por siempre en esa dulce mirada
Que tu amor sea luna clara, suspiro que anhela el alba
Compañía en mi Soledad, luz radiante en la mañana
Si tú quieres, si me llamas, si anhelas serenar mi llanto
Si puedo estrechar tu mano escucharé otras campanas
Aquellas que anuncian la Gloria iluminando tu cara

¡Ay muñidor del Yacente,
No ves que María llora
Al escuchar tu campana!

Al futuro, por Santa Eulalia

A la puerta de Santa Eulalia, cuando tuve el honor de pregonar que la Semana Santa concluía, lo anuncié tan alto que aún esta noche, cinco años después, retumba el eco de aquellas palabras en mi corazón. Las había distinguido fundidas en los escapularios que cuelgan a la espalda de los hermanos del Yacente apenas unas horas antes. “¡Cristo venció la muerte!”.

En Santa Eulalia no solo resucita Cristo. La propia Semana Santa vuelve a regenerarse, a nacer y a prepararse para la vida como cualquiera de nuestros hijos en la víspera de la procesión. Son la simiente nazarena.

Miro tu túnica, hijo, tan diminuta y planchada. Parece la de un juguete, la de un nazareno de estampa. Aguarda en el aparador y tu estante,

pequeñico, reposa sobre la cama. Hoy te acostaste pronto, sin protestar, sin arañar un minuto con excusas y sin ganas. Hoy, antes de arroparte, me dijiste: “Papá, despiértame contigo, ¡no te vayas a olvidar!”. Y dos lágrimas como tarimas me atravesaron la cara, al ver cómo sonreías mientras mi mano apretabas. Me pedías: “¡Acuéstate aquí, a mi lado, venga cuéntame un cuento, anda!” ¿Cómo podría negarme, hijo de mis entrañas? Y te hablé del Resucitado mientras detrás, en la espalda, me clavaba el rosario que el pequeño atesoraba. “¿El rosario del abuelo escondido aquí en la cama?”. “Sí -respondió el inocente- es para asegurarme que mañana me levantas”.

Este es Jesús, que Resucitado tras San Miguel y la Cruz Triunfante, nos ama siempre, tal y como somos, sin pedirnos siquiera que cambiemos, sin imponernos que abandonemos el mal para brindarnos su abrazo. Es este Jesús que seguirá amándonos aunque ni siquiera creamos en su existencia. Es este Jesús de la Aparición o el de Emaús que nos susurra cada día, en cada instante de nuestras vidas, que no tengamos miedo, que no

temamos salir a las calles a proclamar que existe otra forma de vivir y que el cristiano, después de atravesar las tinieblas, también resucita victorioso. Es este Jesús, el mismo que ante Tomás o en el Lago Tiberíades, el mismo que en la Ascensión va enseñando sus manos atravesadas al Padre cada vez que desfallecemos y le repite desde hace más de dos mil años: “Yo pagué por él, yo cargue con sus culpas, perdónalo”.

Convenzámonos porque, cuando vayamos a darnos cuenta, veremos la puerta de Santa Eulalia de nuevo abierta y al Demonio encadenado por angelicos pero anunciando la dura penitencia que nos impondrá el tiempo. Y allí Don Carlos de Ayala dará el último golpe de estante a la Virgen Gloriosa como aldabonazo a la Semana Santa que acaba. Solo La Salud nos reservará, en su Hermandad de Gloria, como hermoso fleco de la Resurrección, a Santa María la Real de Gracia.

Concluyo como quizá debería haber empezado, anunciando que Cristo venció la muerte. Queridas hijas, María y Teresa, sé que la edad os

impide esta noche entender el significado de tan grande verdad. Pero guardad estas palabras en vuestro inocente corazón pues llegará el día en que os servirán de bálsamo y consuelo y comprenderéis que si el Señor llora es de alegría por regresar con nosotros cada primavera, cada amanecer. Y viene para quedarse, murcianos. Y viene para decirnos: “¡Ánimo, no tened miedo!”. Por eso, cuando saquemos contraseña para el Santo Sepulcro de nuestra vida, cuando el Supremo celador nos expulse de la fila de este mundo y atemos la almohadilla a la tarima húmeda de Caronte, será nuestra única esperanza haber vivido en Murcia, primero, y segundo, ser nazarenos.

He dicho. Y me voy corriendo a llevar huevos a Las Claras.